

ASPECTOS POPULARES DE NUESTRAS NAVIDADES

Por Juan GUILLAMET

A cada vuelta del carrousel del año vuelven cosas a nosotros. Cosas amables que se nos hacen íntimas y entrañables. Y estas cosas nos traen vibraciones del ayer, de un ayer lejano que, sin embargo, se nos antoja próximo e incluso nos parece tenerlo al alcance de las manos. Ciertamente, el recuerdo es una viva fuente que tiene la virtud de remozar emociones de otros tiempos y de cuyo sabor algo nos ha quedado en el paladar del alma. Recordar es, en cierto modo, como dijo alguien, volver a vivir.

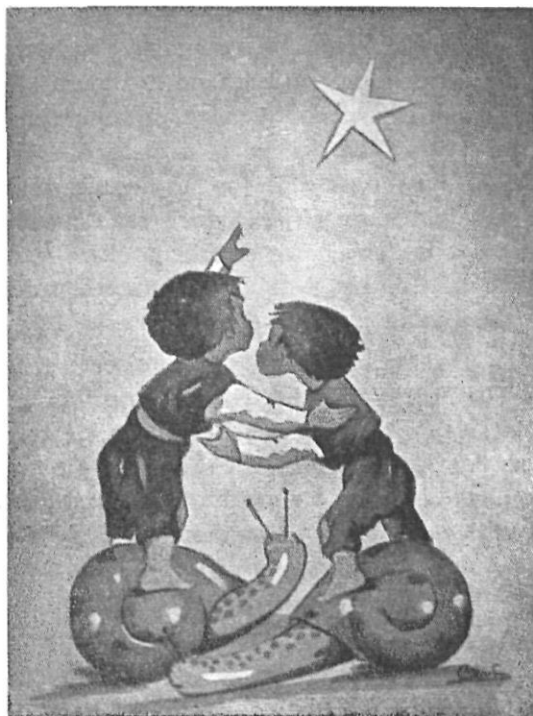
Es cosa que queda completamente fuera de duda el hecho de que la Navidad o, por mejor decir, las Navidades son algo que ha dejado y deja en nosotros profunda huella interior. Bajo el punto de vista afectivo, la edad del hombre podría contarse, más que por años, por Navidades. Aunque estas jornadas, unidas de maravillosa espiritualidad, se celebran sobre la faz del orbe de distintas maneras según cada país, esta diversidad en el aspecto accidental no obsta para que esté basada en el fondo común de una tradición cristiana de sólidos fundamentos.

Importa mucho, tanto como la esencia, el aspecto accidental de estas celebraciones y, en lo que a nosotros atañe, nos importan las Navidades pasadas a nuestra manera, es decir, nuestras Navidades.

Aquí, entre nosotros, entendemos por Navidades, así en plural, el período que comprende las festividades máximas del ciclo navideño: Navidad, Año Nuevo y Reyes. En realidad, los estudiantes son los que marcan pauta y dan ambiente a la cosa, bajo el punto de vista popular. El inicio de las vacaciones navideñas, hacia el 20 de diciembre, señala el principio de las Navidades, y la vuelta a las aulas, al día siguiente de Reyes o al otro, su término. Sería difícil concebir unas Navidades sin movimiento de estudiantes desocupados.

La primera nota colorista se produce tres días antes de Navidad. Se trata de la fecha señalada para el sorteo de la Lotería Nacional, señalado indefectiblemente para el 22 de diciembre de cada año. El clima de expectación es realmente fabuloso. La gente, sin abandonar sus habituales quehaceres, procura mantener contacto con el desarrollo del sorteo, del cual van dando cuenta a través de los receptores radiofónicos los chicos del Colegio de San Ildefonso. Algunos comercios ponen en sus escaparates o sacan a la calle enormes pizarras en las que anotan los premios importantes que van saliendo. Los transeúntes se detienen y miran, unos con indiferencia, otros con curiosidad, y otros, finalmente, sacan de sus bolsillos un cuadernillo o un papel cualquiera para hacer sus anotaciones. Cuando sale el «gordo» los comentarios se exageran. Cuando cae lejos, no se le da importancia, pero si cae cerca, crecen las cábalas, se apuntan posibilidades. En fin, toda la jornada gira en torno a la caprichosidad del azar, al juego de la ilusión que, por estas fechas, pone un aliante más en el vivir de treinta millones de españoles.

Superada esta fase, la Navidad parece ir acercándose a pasos agigantados. Empiezan a llegar



las pagas dobles, a llover los aguinaldos y una euforia formidable se apodera del ambiente. Los comercios centellean con lamparitas multicolores, empiezan a hacer su aparición los belenes en los escaparates y la gente va de acá para allá movida por el afán adquisitivo. Las barras de turrón, en sus diversas modalidades, se amontonan, en los colmados, en armónicas pilas que van descendiendo a medida que la venta progresa. Y una de las cosas que más maravillan son los ojos de los niños. Unos ojos abiertos, brillantes, maravillados también a su vez, que no descansan en el mirar, en la captación a grandes dosis para el espíritu de estas imágenes navideñas que recordarán siempre, y constituyen un sedimento bienhechor con importantísima proyección hacia el porvenir de la edad viril. Las Navidades influyen tanto en los niños que incluso luego, de mayores, su recuerdo les ayuda a ser buenas personas.

En realidad, se desarrollan, para todos en general, dentro de un ambiente infantil presidido por la figura del Dios Niño. Los niños constituyen el denominador común de la familia y puede decirse que son quienes llevan, en cierto modo, la batuta a lo largo de estos días. No es de extrañar, por tanto, que el «tió», este fabuloso leño productor de turrón de todas clases, «tortells» y de botellas de áureo champaña y garnacha, sea entre nosotros toda una institución. Es al atardecer de la víspera de Navidad cuando, próxima la Nochebuena, se congregan las familias para asistir al íntimo, magno y regocijante espectáculo. Mientras los padres y abuelos gozan de lo lindo, los chavales, armados de cachiporras, atizan al madero y cantan:

*«Tió, tió
caga turró.
No caguis arengades
que són massa salades.
Caga turró
que és lo més bo».*

Tars esta cantilena, se levanta el leño y aparecen los dones del «tió» con una prodigalidad semejante a la del cuerno de la abundancia. No sólo turrones, como solicita resignado el cantar a través de las ilusionadas gargantas infantiles, sino dulces de mazapán, confites, bombones de chocolate, botellas de viños añejos y espumosos. En una palabra, toda la intendencia regalona y golosinesca que llega por obra y gracia del espíritu poético latente en las reconditeces de nuestra alma popular.

Y transcurre la Navidad con su séquito de emocionados y gratísimos estremecimientos del espíritu, desde que todas las campanas y campanillas son lanzadas al vuelo tras el «Gloria in excelsis Deo» de la Misa del Gallo hasta el último bocado de turrón y el último trago de garnacha de la cena del día de San Esteban. Seguidamente se abre el interregno entre la Nochebuena y la Nochevieja, presidido por una jornada muy singular: el día de los Santos Inocentes.

Por una curiosa paradoja, el 28 de diciembre, más que una exaltación de la inocencia, lo parece de la picardía popular. Porque a la gente le da más bien por hacer de Herodes. El papel de «inocentes» queda reservado a los que, sin comerlo ni beberlo, se ven convertidos en objeto de las inocentadas. De ellas se podría confeccionar un voluminoso catálogo que no se reduciría a un solo tomo, seguramente. Antiguamente, estaba muy en boga, entre el elemento infantil, el recurso de «clavar la llufa», tan conocido y que todavía sigue usándose, aunque en menor escala, en nuestros días. Actualmente, con el perfeccionamiento de los medios de comunicación, se ha facilitado el establecimiento de nuevas facetas en la administración de las inocentadas. Es por ello que, en tal día como este, muchas personas precavidas acogen con cierta prevención las llamadas telefónicas y la correspondencia telegráfica o postal que reciben. Es lástima, únicamente, que se produzcan casos debidos unas veces a inconsciencia y otras a mala idea que convierten las inocentadas en actos de gamberrismo totalmente opuestos al espíritu navideño. Por lo demás, esta jornada tiñe el crepúsculo del año de unos colores simpáticos y nostálgicos y tocados del mismo matiz que todas aquellas cosas que dan gracia y aliciente a la vida humana.